

completo de prejuicio alguno, percatado o no de su valor inmenso. Al compositor le agrada su «hallazgo», y eso es lo que le satisface estéticamente. En un tiempo, durante largos años, su timidez fue algo proverbial en él, como persona, que no como músico, valiente en sus postulados. Recuerdo que cuando llevé a la orquesta sus «Variaciones sobre un tema de Chopin», originales para piano, porque lo ignoraba, me atreví a preguntarle acerca de una posible colaboración; su respuesta fue muy firme: «¿Que quién orquestó las “Variaciones”? : pues yo». Hombre humilde, como reverso de su medalla de artista, no me resisto en reproducir a continuación algo que conviene conocer, cuando tratamos de sus «Canciones», porque su procedimiento compositivo es semejante. Lo escribió él mismo, a mi solicitud, como «Nota al programa», cuando se estrenaron en Cuenca sus «Improperiae»; decía así: «Es la primera vez que acepto el encargo de componer una obra a fecha fija, forma de trabajo a la que no estoy acostumbrado. Las Semanas de Música Religiosa de Cuenca y su director, mi buen amigo Antonio Iglesias, han sido capaces de alterar mis hábitos de siempre. Puedo confirmar que, salvo raras excepciones de realizaciones espontáneas, lo habitual en mí es componer sin prisas. Dotado para ello de una paciencia sin límites, prosigo, infatigable, hasta el logro de una conclusión satisfactoria, habiendo antes perfilado, sintetizado, alambicado y, muchas veces, abando-

nado y dejado transcurrir un largo espacio de tiempo, de años, si es necesario, comprobando que el tiempo es, siempre, el mejor juez. Por estas razones, en estos momentos en que acabo de terminar mi oratorio “Improperiae” —para bajo solista, coro y orquesta—, no podría decir si esta versión es la definitiva, pero he cumplido la obligación de terminarla en la fecha prevista, lo que resulta para mí una experiencia muy satisfactoria. Dejando también que las cosas vengan por sí solas, no hubo, por mi parte, predilección en escoger el texto... El hecho de haber aceptado y realizado el encargo de una obra tan alejada de mi espíritu de síntesis no destruye mi auténtica personalidad. No quisiera que nadie confundiera estos conceptos, creyendo que he escrito esta obra con intención de superar mis anteriores producciones. Estoy muy satisfecho de su contenido musical y de su realiza-

ción en cuanto a su composición, pero no la considero, por sus mayores dimensiones, superior a mis “Charnes” o “Música callada”, donde se encuentra lo más auténtico de mi música».

No se puede ser más tajante, ni tampoco más sincero que quien es capaz de escribir lo anterior, que —al menos lo pretendo así— viene a confirmar el contenido de anteriores párrafos de este escrito. Mompou es capaz de dejar a un lado su timidez, llegado el momento de exponer su credo creativo, sin falsas modestias ni medias tintas, con la valentía de todo el que sabe que, al menos, hizo lo que se propuso hacer. Y esta actitud no puede olvidarse en el momento del examen y escucha de sus «Canciones», de sus melodías que cantan por todos los poros de unas partituras extraordinarias. Insistir, pues, en el valor del «lied» en la obra mompouiana resulta innecesario; no ya en sí mismo,

Josep Colom.

